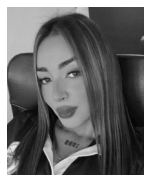


Historia y memoria como reparación de la infancia frente al conflicto armado¹

Gina Lorena Aya Hincapié²

<https://orcid.org/0009-0003-2956-3341>

gina.ayahincapie@academia.unimeta.edu.co



Hola, sé que no puedes hablar, pero muy seguramente me estás escuchando.

— Asiente con la cabeza

Hace mucho tiempo que no te veía. Perdón por no venir a visitarte; tal vez tenía miedo de ver toda mi vida antes de ocurrir...

Sonríe con inocencia al ver a una desconocida hablarle; no tiene miedo ni rencores ni memoria.

Vine porque nos van a pasar muchas cosas, no vine a impedir las porque es imposible, solo pasé a decirte que eres más fuerte de lo que crees, no sientas miedo porque papi, mami y hermanito van a estar ahí y por favor cuando veas al tío Mincho y a la tía Patricia, dales un abrazo...

Asiente con la cabeza y se aleja en medio de los cultivos.

1 Este artículo es derivado del trabajo de grado titulado *No lo estoy contando yo, sino la niña que lo vivió*. Es el proyecto con el que la autora optará al título de trabajadora social de la Corporación Universitaria del Meta - UNIMETA. El trabajo está dirigido por los profesores Diana Almonacid Rojas y Jorge Sánchez-Maldonado.

2 Trabajadora social en formación de la Corporación Universitaria del Meta - UNIMETA. Miembro del colectivo transdisciplinario URÚTA

Introducción

Reflexiono sobre mi vida como mujer, niña, trabajadora social y la forma como el conflicto armado afecta a niños, niñas, adolescentes y jóvenes en la ruralidad. Lo hago desde Vista Hermosa, Meta, donde dejé sentimientos, memorias, dolores, esperanzas y miedos. Mis amiguitos de entonces también dejaron muchas cosas.

Hago una autoetnografía en la que las experiencias propias pueden abrir nuevos caminos introspectivos y de reflexión (Martínez, 2019) y teóricamente me apoyo en Ricoeur sobre la historia, la memoria y el olvido (Ricoeur, 2000).

El inicio

Me pregunté cómo explicar que un día decidí hacer de mi experiencia un estudio. Llenar una hoja en blanco con las experiencias que construyen lo que ahora soy. Visitar a mi Yo de niña ¿Será que todos estamos en deuda con nuestra etapa más frágil y por ello tomamos las decisiones que tomamos ahora?

Mamá perdió su primer bebé a los 5 meses de gestación. Los controles médicos eran raros porque la ruralidad estaba totalmente desconectada de lo urbano y el conflicto armado había entrado a nuestro municipio.

Conmigo también se complicó el embarazo de mamá. Un tipo de sangre muy difícil de conseguir y una transfusión casi imposible. La partera no pudo atender el parto y ella perdió mucha sangre, casi murió en la ambulancia y al tenerme, le prohibieron más embarazos.

Crecí feliz en la vereda Jericó. Era un sueño, pero corto como la paz en el territorio. Entraron grupos armados financiándose con la hoja de coca³. Hubo violencia y enfrentamientos entre guerrillas,

3 La coca (*Erythroxylum coca*) es el nombre con el que se hace referencia a la materia prima para la producción de un estupefaciente conocido como cocaína.

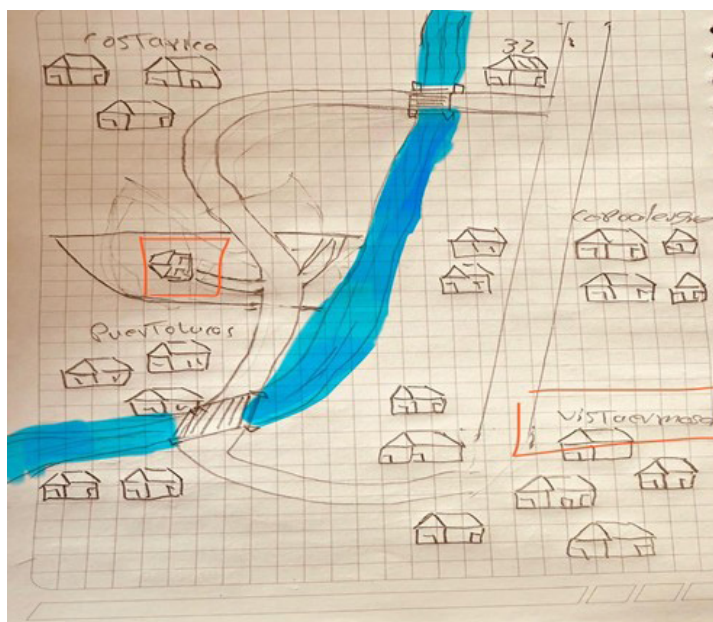
Ejército y paramilitares. Se dividió el municipio en zonas de control para cada grupo.

Comunidades citadas por las guerrillas para extender la invitación a "organizarse" (poner a los campesinos de su lado para brindarles información sobre los pasos enemigos). Empleaban esas relaciones para explicar que no podían vender su producción a nadie más.

Preferimos mantenernos al margen y desatamos la furia de ese grupo contra las familias. Una lista de los 20 hombres de nuestras familias nos intimidó y lograron la "colaboración". Eran trazos iniciales de intimidación y de terrorismo en nuestras vidas. Quienes accedían a realizar este trabajo eran conocidos como "milicianos". Responsables de muchísimas muertes, su información se consideraba verdad. Causaron muertes inocentes bajo acusaciones falsas, envueltas de rencor o envidia.

El mercado se realizaba en la zona urbana de Vista Hermosa, pero la llegada era toda una odisea. Pasar por Puerto Lucas, que es la llegada más rápida y que conecta con el municipio por la vía a Santo Domingo en desviación a margen derecha de Puerto Lucas, era imposible; la vuelta debía darse por Costa Rica para llegar a San Juan de Arama y de ahí a Granada. Quien llegaba por Puerto Lucas con vida hasta el pueblo era considerado miliciano y estaba listo para ser ajusticiado por los paramilitares. Quien llegara por la misma vía con vida a la vereda era porque estaba trabajando con los paramilitares y su destino era ser ajusticiado por los grupos guerrilleros. Hice los dos recorridos, pero era muy niña para recordar cómo era el mapa.

Ilustración 1. Mapa del territorio. Creación de un participante de la investigación (2025)



Tienes hogar, familia y lo que tanto has trabajado por tener: estabilidad. Por la mente no pasa el irse de casa; mantienes la esperanza de que los tiempos malos pasen. Tres años después, llegaría un hermanito. A veces sueño que estamos en esa situación de desplazamiento y lo único que hago es decir que el bebé es mío y que yo lo voy a cuidar...

Vivíamos en tres casas. Dos estaban separadas por la carretera. Al lado derecho, la casa de mis abuelos (vivían mi abuelo, mi abuela y mi tío Mincho); al lado izquierdo, la de mi tío, donde vivía con su esposa y mis dos primos pequeños. Más arriba, estaba la casa donde vivíamos papi, mamá y yo.

Ilustración 2. Reconstruyendo la memoria en el territorio (2025)



Tío vivía con mis abuelos porque él tenía dos hijos con una mujer en una relación “tóxica”. Se dejaban y volvían. Una vez, la señora conoció a alguien y se fue a vivir con ese señor, pero era “miliciano”. Después volvió a mi tío, pero esta vez había un tercero con el corazón roto, con odio y dispuesto a vengarse. En las fincas los cultivadores sembraban, cosechaban y procesaban pasta de coca para sostener sus hogares. La coca se compraba al precio que el grupo armado quisiera y con las “pruebas de calidad” que determinara. Muchas veces, para “rendirla”, se le ponía una “liga”: productos que aumentan su peso. Como ellos hacen estas pruebas, podían acusar a cualquiera de “rendirla” y robarle algunos kilos, castigando al “culpable” amarrándolo todo un día al sol.

Papá casi fue amarrado. Fue humillado e insultado porque los guerrilleros afirmaban que la coca “llevaba solo liga”. Se robaron la producción y mi papá les quedó debiendo. Perdió todo el trabajo y quedó amenazado. Ahora lo cuenta con mucha gracia, pero fue una bendición que no lo hubieran amarrado; que le apuntaran con el arma fue lo de menos. Todo este terror pasaba, mientras yo, con bicicleta nueva, piscina inflable y muchos pares de zapatos, ignoraba lo que se vivía afuera.

Salvando vidas sin conocer el valor de una

Salvé la vida de mi papá y ni siquiera supe. Él y mi tío tenían algo que hacer en Costa Rica. Iban mi tío, mi padre y un señor al que apodaban "El Mono". Ese día decidió ir solo en su motocicleta; mi tío llevó a su esposa y a mi papá. Yo me les uní. En un punto del camino El Mono decidió detenerse para echar gasolina en un caserío. Mi padre y mi tío siguieron su camino; llegamos a la casa, pero el mono se quedó con los panes y la gaseosa que íbamos a compartir...

Al día siguiente fue encontrado muerto en la carretera. Tal vez lo habría abordado alguien conocido. Parqueó la moto e incluso destapó la gaseosa antes de recibir los tiros. Su velación y entierro fueron un problema. Tuvieron que cargarlo a pie y en hamaca hasta llegar a donde podía ser transportado, fue horrible. Nos advertían: *"Si ves hombres con botas campaneras, pantalón camuflado y buzo negro, no digas nada, no has visto nada, que piensen que aún no hablas bien"*.

Después, un señor al que mi abuelo le había dado raspada de coca por muchos años, comida y un espacio en su casa, llegó a saludar y le dijo a mi padre *"Ustedes deberían estar muertos, su muerte era el día de la muerte del mono, ese día eran 3 bajas las que tenían que darse, den gracias que la organización no mata mujeres ni niños, si no, serían historia"*.

Tenía miedo: la muerte rondaba a la familia y las personas se transformaron al punto de creer que alguien era merecedor de la muerte por no pensar igual a ellos. Fue así como salvé la vida de mi padre sin darme cuenta. Pero no pude estar con mi tío Mincho aquel otro día...

El sueño vuelto pesadilla

Mi tío Mincho fue acusado de vender mercancía a los paramilitares. Entonces dos guerrilleros bajaron a la finca y le hablaron a mi abuelo. Prometieron no hacerle daño si les daban 8 millones de pesos.

La lista de hombres que el grupo había pasado para aterrorizar a la población ya había cobrado la vida de dos varones de la vereda. Papá dijo que no sería fácil. El dinero no cubriría la vida de los tres hombres de la familia, no garantizaba la vida a mi tío Mincho porque cuando alguien tenía que ser ajusticiado, así era.

Nos reunimos todos en una sola casa; dormía con mis primos sin sospechar lo que estaba pasando. Mamá no olvida las palabras de papá: *"Vámonos, de todas maneras lo van a matar. Vámonos con lo que podamos empacar, pero vámonos"*. Mi tío se oponía: *"No, yo no me voy a ir, si nos vamos lo perdemos todo, los cultivos, el ganado, las gallinas, si quieren váyanse ustedes, pero yo me voy a quedar"*

Mi abuelo vendió reces para tener el dinero y con fe esperaba a los hombres que a cambio perdonarían la vida de su hijo. En la entrada de los cultivos se veían venir; estaban armados. Mis abuelos amablemente los recibieron, entregaron el dinero y ellos dijeron que garantizarían su seguridad, pero solicitaron una última cosa: *"Patrón, déjenos hablar con el muchacho. Un momentico no más"*. Mi abuelo accedió. Mi tío estaba cerca de la casa de papá guadañando. Ellos se acercaron, le dijeron algo y después le dispararon en la cara. Corrieron como cobardes. Yo, que apenas caminaba, me topé de frente con uno de ellos. Pasaron la cerca de la casa de papá. Al ver al desconocido con sus botas y camuflado, di vuelta y salí corriendo mientras ellos seguían su camino. Después vi a papi llorar sobre el cuerpo de mi tío. Hoy comprendo el dolor que debió sentir mi familia, pero no había tiempo para sentir dolor, teníamos que irnos.

¿Un nuevo hogar? ¿Una mejor vida? ¿Un tormento del pasado?

A mi abuela se le detuvo el tiempo ¿Quién se repone? Fumaba dos cajas de cigarrillo al día, no comía. El cáncer en el estómago la estaba matando, pero la mató más rápido la tristeza, el dolor y la ausencia. A mi hermano y a mí nos encantaba visitarla, estar con ella, molestar su lindo y largo cabello. Perdimos todo y un poquito más.

Papi compró un lote y empezó a construir la casa. El tiempo pasó rápido y yo salté del hogar infantil a la escuela y mi hermano entró al jardín. La situación con el conflicto no cesaba, el tráfico era normal tanto dentro como en las afueras del pueblo y un secreto a voces: las fuerzas armadas “buenas” tenían nexos con los grupos armados “malos”. Así, el tráfico de droga era más sencillo y quienes no cumplían eran sacrificados por “los malos” en nombre de “los buenos”. Recuerdo el miedo que me tenían otros niños en la escuela; muy seguramente sus padres les hablaban o prohibían juntarse conmigo. Me marcó bastante. La sobreprotección de mis padres hacia nosotros era excusable. El riesgo era latente y cuando uno define de qué lado está, aumenta.

El aislamiento en la escuela no importaba; las noches eran bastante largas y ver llegar a papá con bien era lo mejor. Ver cuerpos y fosas comunes era algo ya bastante normal para mí, pues mi madre siempre tuvo miedo a los grupos armados después de lo de mi tío. Normalicé que los muertos tuviesen botas, uniformes y que fuesen tirados de a 4 o 5 en fosas comunes. El sepulturero decía: *“No son nadie, no tienen familia, nadie va a venir por ellos”*

Durante un enfrentamiento el ejército emboscó a los guerrilleros y les dio de baja a todos, incluso a quienes se rindieron. Los traían en carros, los tiraban como costales al piso del parque principal y eso representaba un logro de la fuerza pública. Mamá entró a verlos; tenían sábanas blancas encima y, conmigo de la mano, levantaba cada una para ver los rostros. Tengo plasmado en mi mente, como si fuera ayer, la cantidad de mujeres adolescentes que vi, los niños de apenas unos 13 años. Uno no había aprendido a caminar y ya estaba de escudo de un grupo armado.

Si tienen ojos que no me vean, si tienen pies que no me alcancen

Para este punto de mi niñez habían pasado cosas horribles, pero todo hacía parte de la violencia misma que se presentaba en el territorio. Esa violencia poco a poco consumía hasta el alma más pura y buena; se acabó la comandancia de los supuestos amigos de mi

padre y de mi tío, “los panas” de negocios y los compañeros de lucha. Llegaron personas nuevas y con todas las ganas de eliminar toda evidencia de sus vínculos con las fuerzas militares “buenas”. La limpieza⁴ iba a ser total, nadie tenía la más mínima sospecha. De repente, los compañeros guías empezaron a desaparecer y a aparecer muertos, en bolsas de basura en los caños o simplemente no volvíamos a verlos. Mi tío se separó de la mamá de sus hijos y decidió iniciar una relación nueva, pero la vida es un pañuelo porque esa separación salvaría la vida de mi padre y mi tío...

La exmujer de mi tío se involucró sentimentalmente con el nuevo comandante. Una noche en la que compartían sus trabajos por realizar le dijo: *“Vamos a matar a dos hermanos que fueron guías, pero tenemos que engañarlos para poder sacarlos del pueblo y desaparecerlos, a uno le gusta la cacería y el otro es ambicioso y lo invitamos a buscar una guaca”*. Al escuchar esto, ella automáticamente entendió a quiénes se refería. Entonces le contó a mi tía, y esa noche nos contó a nosotros.

El desespero era impresionante porque, aunque no lo mencioné antes, uno pensaría: “que agarren un carro temprano y salgan del pueblo para que estén a salvo”, pero los grupos armados dejaban salir los carros y los paraban a 1 km de la salida, cerca al caño Acacías. Allí los bajaban y quien “la debía” era asesinado delante de los demás pasajeros del carro.

El señor Fernando, con su carro gris, su bigote y sus ojos oscuros, accedió a sacarlos como fuera del pueblo. Hasta hoy, para mí, ese ha sido el acto de amistad más grande que he presenciado en la vida. Llegaron bien a Villavicencio, mientras que mamá, mi hermano y yo permanecemos en casa. Mi papi siempre ha tenido un arma de protección desde ese tiempo, en casa siempre estaba el arma como medida de seguridad para nosotros, pero el miedo era latente. Nuestro medio de transporte era una bicicleta y cada vez que salíamos a la calle a cualquier cosa, por pequeña que fuera, nos perseguían. Era horrible sentirse observado, sentirse perseguido, dormir con el arma debajo de la almohada.

4 La “limpieza” era un método utilizado por los grupos armados para castigar a quienes tuvieran comportamientos que afectaban de alguna forma a la comunidad como; consumo de drogas, prostitución, robo, entre otras.

Fueron días difíciles; en ese tiempo los minutos se compraban en la tienda y la más cercana quedaba a media cuadra de la casa. Un día fuimos a hablar con papi y, cuando subimos la bicicleta, había desaparecido. Mi mamá siempre dijo que se la robaron, pero yo sabía que no era así: los hombres que nos perseguían se la llevaron como forma de amenaza. Yo tenía solo 8 años.

¿Y la reflexión?

Las situaciones que marcan la vida de quienes las viven, padecen y superan pueden ser las encargadas de dejar su recuerdo en pequeños granos de arena que, poco a poco, llenan el saco de la vida y trascienden en el tiempo. Afrontarlas implica tener el poder de decidir qué hacer con ellas, cómo reescribirlas, cómo resignificarlas y, ante todo, cómo no volver a repetirlas.

La parte de mi vida que hoy dono, no solo me cuesta a mí, es algo que le costó a mi familia, a mis amigos y a un pueblo entero. El estar hoy aquí me hace pensar: no es fácil hacer este ejercicio; no tengo la certeza de que todos los jóvenes nos sentamos igual. Lo que sí es seguro es que, de cualquier manera, estamos afectados por lo que en algún momento vivimos y es eso lo que abordaré desde mi investigación como trabajadora social. La perspectiva de otros jóvenes me permitirá identificar la influencia de la violencia del conflicto armado en su proyecto de vida y en la forma en que afrontan el presente.

Sé que tendré que volver varias veces para recordarme lo fuerte que soy, pero lo puedo cerrar porque es la misma llave que abrirá la siguiente puerta hacia el reconocimiento del otro, a quien debo acompañar en mi labor profesional. Es un camino que me lleva a continuar con mi investigación y trabajar desde allí todo lo que esos otros jóvenes vivieron y tanto me conmueve, tanto me impulsa, es el inicio de un proyecto que estará siempre con la visión de la triada que me hace la sobreviviente, (quien lo vivió, lo superó y lo trajo de vuelta), la trabajadora social (quien analiza el contexto en el que sucedieron y las posibles secuelas que estas generaron a la persona) y la investigadora (quién plantea las hipótesis y mediante la

información obtenida genera los resultados que aprueben o no las interrogantes del proyecto).

Bibliografía

Martínez, A. (2019). La crisis del héroe: una autoetnografía sobre la pérdida de la masculinidad hegemónica. *Aposta: Revista de Ciencias Sociales*, 80, 98–108. <http://apostadigital.com/revis-tav3/hemeroteca/amartinez3.pdf>

Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.

Sánchez-Maldonado, J., Aya Hincapié, G. L., Cabrera Tabaco, Y., & Córdoba, B. M. (2025). "The garments of care" and their pedagogical implications: an approach from collaborative autoethnographies in social work training. *Praxis Educativa*, 29(2), 1–20. <https://doi.org/10.19137/praxiseducativa-2025-290208>